

**Nota:** “Este artículo fue traducido al español por Nancy Carrera. Se comparte con permiso y es una traducción no oficial ni está respaldada por el New York Times”.

## El inquietante poder de la Pascua

**Autor:** Rev. Canon Dr. Esau McCaulley (@esaumccaulley) profesor adjunto del Curso del Nuevo Testamento en Wheaton College. Autor del libro: “*Reading While Black: African American Biblical Interpretation as an Exercise in Hope.*” Compartida con permiso, esta traducción no oficial no está respaldada por el New York Times.

Crecí en la tradición de una iglesia del sur, afrodescendiente, en donde la Pascua era la oportunidad para vestir el mejor atuendo. Los vestidos amarillos y rojos, así como los trajes oscuros contra las pieles oscuras y cafés de mi iglesia era algo que se tenía que observar y contemplar. Los sombreros de las abuelas y de las esposas de los diáconos se rozaban unos con otros para llamar la atención. El coro presentaba su mejor música ensayada y preparada. Cantar un solo en el domingo de Resurrección era como el privilegio supremo en el Apolo (un teatro muy famoso).

Durante la mayoría de mi juventud, yo solo *observaba* en lugar de participar en estas festividades. Yo no tenía dinero o un estatus social para llamar mucho la atención. Tiempo después, en una oportunidad, mi mamá juntó suficiente dinero para comprarme un traje de tres piezas de color azul, y una corbata. Sin tener un papá cerca, ninguno de los dos podía hacerle el nudo a la corbata. Pensé que había llegado a ser parte de los elegidos cuando me presenté en la iglesia, fresco y limpio, preparado para un servicio dominical.

El sentimiento no duró mucho tiempo. Durante un canto, una mujer que estaba sentada a la par mía se emocionó muchísimo. Nuestra tradición lo llamaba “atrapar al Espíritu Santo”. En su estado estático, ella pateó, me golpeó en la pierna e hizo un hoyo en mis pantalones nuevos.

Ese domingo me presentó a dos domingos totalmente diferentes. Uno se asemejaba a la celebración de la semana santa y la posibilidad de nuevos inicios. Es el espectáculo que puede ser la iglesia durante ese domingo especial. El otro tenía que ver con el prospecto perturbador que Dios está presente con nosotros. Su poder rompe e inquieta al mundo.

Tendemos a imaginar la historia de ese domingo como el primero de los dos, una celebración de posibilidades. Pero nos equivocamos.

Los cuatro evangelios describen a las seguidoras de Jesús cuando van hacia la tumba el domingo en la mañana, solo para darse cuenta de que la tumba estaba vacía. Reciben la noticia que Cristo ha resucitado de los muertos. Cada evangelio, desde diferentes perspectivas, comentan el temor que estas mujeres sintieron.

La historia del evangelio de Marcos es la que más me impresiona. Los primeros y los manuscritos más confiables del libro de Marcos concluyen con la descripción de las mujeres como “temblorosas y desconcertadas”. Marcos nos dice que ellas “salieron huyendo del sepulcro. No dijeron nada a nadie, porque tenían miedo” (Marcos 16:8). Sabemos que las mujeres eventualmente le dijeron a los discípulos de Jesús lo que ellas habían visto, pero ¿qué

**Nota:** “Este artículo fue traducido al español por Nancy Carrera. Se comparte con permiso y es una traducción no oficial ni está respaldada por el New York Times”.

hacemos con el hecho de que Marcos termina su evangelio contando sobre el temor y el silencio de las mujeres?

Los puntos finales de la verdad de Marcos se pierden en la celebración: la semana santa es un prospecto aterrador. Para las mujeres, lo único más aterrador que un mundo con Jesús muerto era uno en el que él estaba vivo.

Sabemos qué hacer con el dolor y la desesperanza. Tenemos un lugar para ello. Hacemos rituales para enfrentarlos. Yo sé qué es el racismo hacia las personas afrodescendientes, asiáticas, las luchas de las familias en la frontera, el miedo y la desesperanza. Yo sé qué es ver un cuerpo tirado después de una balacera, solo para que un país entero se encoja de hombros colectivamente porque somos demasiado adictos a nuestras armas y nuestra violencia.

Sé cómo se siente cuando busco a alguien en la iglesia para pedir ayuda, únicamente para que cuestionen mi fe porque veo en los textos bíblicos una versión de justicia social que encuentro convincente. Pongo todo eso en la tumba que contiene mi esperanza y sueños muertos de lo que debería ser la iglesia y el país. Me siento abandonado en ese lugar, solo, con mis lágrimas.

La esperanza es mucho más difícil. Las mujeres no fueron a la tumba en búsqueda de esperanza. Ellas estaban buscando un lugar en donde llorar, en dónde pasar su luto. Ellas querían estar solas y llorar su dolor. El prospecto aterrador de la semana santa es que Dios llamó a estas mujeres a regresar al mismo mundo que crucificó a Jesús con un regalo peligroso: el regalo de la esperanza en el poder de Dios, la reserva interminable de perdón y una abundancia de amor. ¿Quién podría creer que eso sería posible? Sería insensato.

Las y los cristianos, en su mejor momento, somos personas insensatas que se atreven a creer en el poder de Dios para llamar a lo que está muerto como algo vivo. Ese es el testimonio de la iglesia afroamericana. No se trata de tener buena música, o de tener excelentes sermones. El testimonio de nuestra iglesia es que en tiempos de profunda crisis, de alguna manera nos convertimos en algo más que nuestra capacidad colectiva. Llegamos a ser una fuente de esperanza que no se origina en nosotras(os) mismas.

Después de quitarnos nuestros trajes y vestidos elegantes, regresamos a un mundo que está racializado, es decir, que está en un proceso de construcción de relaciones de dominación. El color de la piel nos hace vivir en un mundo peligroso, y por eso necesitamos más que una celebración; necesitamos una presencia inquietante.

Es interesante escuchar los planes de algunas y algunos, que creen que después de la pandemia, vamos a regresar a un mundo de reuniones, fiestas y regocijo. Es cierto. Las fiestas tienen su lugar. No nos cerremos a los caminos de la felicidad. Pero también estamos regresando a un mundo de odio, crueldad, división, y sed de poder que nunca ha estado en cuarentena. Este período bajo presión ha expuesto las fisuras en el experimento americano.

**Nota:** “Este artículo fue traducido al español por Nancy Carrera. Se comparte con permiso y es una traducción no oficial ni está respaldada por el New York Times”.

Cuando salgamos de las tumbas de la cuarentena, un regreso “normal” sería un desastre a menos que reconozcamos que vamos a regresar a un mundo que desesperadamente necesita sanidad. Para mí, la fuente de esa sanidad es una tumba vacía en Jerusalén. La obra que Jesús dejó a sus seguidoras y seguidores incluye mostrar compasión, perdón, luchando por una sociedad justa. Se trata de la oferta siempre presente para que todas y todos comiencen de nuevo. El peso de esta obra me llena de un miedo aterrador, especialmente a la luz de todos aquellos que han hecho grandes males en su nombre. ¿Quién es digno de tal tarea? Al igual que las mujeres, muchas veces el alcance de esa tarea me deja con un silencio atónito.

Para tener acceso al artículo en idioma inglés, puede visitar: <https://www.nytimes.com/2021/04/02/opinion/easter-celebration.html>